



## PRÓLOGO

---

No necesita la ilustre dama autora de este libro que nadie la presente al lector con officiosos encomios. Siempre resultarían inferiores á sus probados méritos y á la justa notoriedad de que goza como artista de noble ingenio lírico y narrativo y como afortunada exploradora de una de las provincias más ricas de nuestra historia literaria. La Naturaleza se complació en reunir en ella dotes que rara vez se encuentran juntas, y puso en débil cuerpo femenino un alma de temple de acero á quien no arredran los obstáculos, ni rinde la incesante labor, ni desalienta siquiera el no encontrar al término de la investigación todo lo que de ella se esperaba. Su viva y poética fantasía puede llevarla quizás á exagerar la importancia de algún dato ó á establecer alguna combinación arbitraria; pero su bien regido entendimiento y sólida cultura bastarán para alejarla del peligro-

so sendero y contenerla dentro de los límites de la prudencia crítica. Y, en cambio, jamás adolecerán sus producciones de aquella aridez de estilo y sequedad de alma que suele caracterizar á los simples eruditos, é impide la difusión de las noticias, á veces muy útiles y peregrinas, que sus libros contienen. Sin el dulce calor del entusiasmo, sin el aliño de las buenas letras, que dan cierta distinción aristocrática al estilo, no hay escritura legible para quien sea meramente hombre de gusto. Ni la severidad del método histórico ni los hábitos más rígidos de educación mental se oponen á esto. Antes, por el contrario, reclaman el concurso de todas las facultades humanas para que el proceso crítico llegue á madurez y se realice en su integridad. También el amor es fuente de conocimiento; también la imaginación tiene su parte legítima en la obra reconstructiva de lo pasado; también la hipótesis, con ser provisional, conduce al hallazgo de grandes verdades, ó pone en camino de encontrarlas. Lo que importa es no exagerar nada, no confundir la rápida intuición con el procedimiento reflexivo, no dejarse deslumbrar por lo que puede ser falaz apariencia. Hay una frívola elegancia que

cuadra mal á la austera musa de la historia; pero no por eso hemos de despojarla de las nobles y sencillas galas que convienen á su majestuoso semblante. A nadie, por sabio y profundo que sea, es lícito exponer con frase desaliñada, con estilo inculto y feo, la realidad pasada ó presente que es materia de la historia, ni menos aquellos aspectos de la vida que tienen por sí propios valor y eficacia estética. Ninguna historia debe escribirse sin arte; pero menos que ninguna, la historia del arte mismo. Ella requiere como primera condición aquel entendimiento y sentido de la hermosura que todos los archivos del mundo no pueden dar, y que la doctrina estética desenvuelve y perfecciona, pero no crea. En suma: el historiador y crítico de artes debe participar en cierto grado de los dones de la imaginación creadora, sin lo cual le sería imposible reconocerlos y discernirlos en las obras ajenas.

Por eso los estudios literarios de la señora D.<sup>a</sup> Blanca de los Ríos se leen con especial deleite, y levantan tempestades de aplausos cuando un público selecto como el de los Ateneos de Madrid y Barcelona se congrega para oír alguno de ellos de labios de su inspirada autora, que pone en este

género de oratoria escrita todo el brío de su alma. No siempre convence, ni pueden tomarse como sentencias inapelables algunos de sus fallos; pero su ardiente convicción, su entusiasmo generoso y sincero, desarraigán el ceño de los más prevenidos contra afirmaciones dogmáticas. No hay modo de resistir al encanto de su palabra fresca y jugosa, que parece que crea nueva poesía al interpretar los antiguos poemas. Es tan rara hoy la verdadera emoción estética, que cuando encontramos un alma capaz de apasionarse por lo bueno y de execrar lo malo, así en el arte como en la vida, nos sentimos arrastrados invenciblemente hacia ella, y no podemos menos de tributarla homenaje.

Una de estas almas enamoradas perpetuamente del ideal es la de D.<sup>a</sup> Blanca de los Ríos, y bien pudiera decirse, si nuestra época gustara de símiles clásicos, que las musas asistieron propicias á su nacimiento y mecieron su cuna. Vástago de una familia de artistas y literatos, para cuya gloria bastarían (prescindiendo de los que viven) el sabio autor de la primera historia crítica de nuestras letras en la Edad Media, y el preclaro arquitecto cuyo nombre va dignamente ligado á empresas tan desemejan-

tes como las excavaciones de Itálica y la restauración de la catedral legionense, logró nuestra amiga el beneficio de una educación sólida y española, que hizo familiares á su mente juvenil las creaciones del arte patrio. La vocación poética se despertó en ella, como es natural, antes que la curiosidad crítica, y escribió en verso antes que en prosa, lo cual no es mala preparación para juzgar rectamente de los versos ajenos. No son los suyos labor de imitación, aunque en los más antiguos se notan las clásicas huellas de la escuela sevillana. La primavera lírica que floreció en su alma no ha cesado de renovarse desde entonces en composiciones de más íntimo y personal acento; y en el arte de la narración poética descuella á grande altura, como lo prueba su *Romancero de D. Jaime el Conquistador*, injustamente postergado en un concurso académico. Si estas obras son menos conocidas de lo que debieran, culpe-se, sobre todo, á la ventajosa competencia que la misma D.<sup>a</sup> Blanca de los Ríos les ha hecho con sus relatos en prosa tan sobria, tan varonil, tan enérgica, alguno de los cuales, como el titulado *La Rondeña*, recuerda el toque firme y preciso y la impasible objetividad de Mérimée.

El arte sobrio y maduro que en cualquiera de estas obras campea es indicio, no sólo de fuerza bien disciplinada, sino de un espíritu crítico fortificado por la lectura de los mejores modelos. Una tarea de erudición, continuada sin tregua durante más de veinte años, ha puesto á prueba la ingeniosa sagacidad de este espíritu, y absorbe quizás con demasiado exclusivismo la energía mental de la insigne escritora andaluza. Bueno es dar al tiempo lo que es suyo, porque el tiempo no respeta lo que se hace sin él; pero toda preparación tiene sus límites, impuestos por la brevedad de la vida y por el natural peligro de que, retardándose la divulgación de las noticias allegadas, vengan éstas por cualquier otro conducto á perder el carácter de inéditas. No hay en esto una vana cuestión de amor propio, sino la lícita y merecida recompensa de un grande esfuerzo, que de ella se vería frustrado, perdiendo novedad y frescura el libro en que por primera vez hubieran debido consignarse los descubrimientos con el orden, trabazón y enlace que un gran pensamiento les comunica, no con la fría desnudez de un inventario notarial. Por eso todos los amigos de las buenas letras deseamos vivamente ver impresa la exten-

sa y capital *Biografía de Tirso de Molina* que la Sra. De los Ríos tiene escrita, y cuyo primer bosquejo presentó á un certamen de la Real Academia Española en 1885.

Avances de tal libro son algunos de los escritos y discursos que el presente volumen contiene, y ya por ellos puede formarse idea de la nueva luz que D.<sup>a</sup> Blanca ha dado á la biografía del Maestro Fr. Gabriel Téllez. Pocas líneas, no exentas de errores transmitidos mecánicamente de unos á otros libros, eran todo lo que sobre el particular ofrecían las ediciones del poeta, las historias literarias y las bibliografías especiales del teatro, incluso la del diligentísimo Barrera. Sólo D. Bartolomé Gallardo, en papeletas que han permanecido extraviadas y desconocidas hasta estos últimos años, había extractado el manuscrito de la *Historia de la Orden de la Merced*, obra inédita de Tirso que posee la Academia de la Historia, añadiendo á estos datos autobiográficos (no tan copiosos como nuestra curiosidad desearía) otras peregrinas especies que le sugirió su vastísima lectura. Es probable, y el mismo Gallardo lo afirma, aunque algunos duden de su dicho, que llegara á componer una *Vida de Tirso*; pero, suponiendo que así fuera, esta obra hubo de per-

derse en 1823 con otras muchas preciosidades literarias; y el tesón empleado por aquel formidable erudito en rehacerla condujo sólo á la suma de apuntamientos que hoy tenemos, salvados como por milagro del escondrijo en que los sepultó la codicia bibliománica. Publicados á tiempo, hubieran sido muy útiles; pero su tardío conocimiento y póstuma influencia no menoscaban en nada la originalidad del estudio de D.<sup>a</sup> Blanca, que volvió á descubrir por sí misma, y sin saber de su predecesor (lo cual puedo atestiguar como nadie), gran parte de las cosas que Gallardo había encontrado, y añadió otras de verdadera importancia, perseguidas con ahinco en las fuentes más diversas.

Con el interés que su elegante estilo presta á todas las cosas que narra, nos refiere nuestra autora sus pesquisas, no siempre afortunadas, en archivos parroquiales, notariales y de Hacienda; sus lecturas, muchas veces infructuosas, de libros bautismales y registros de matrículas. El relato es ejemplar y puede servir de norma á otros investigadores. Tanto enseña el resultado negativo como el positivo, y hay en la investigación misma un cebo y deleite irresistibles, que no dependen del número ni de la calidad de los hallazgos, sino del

libre ejercicio de la mente que busca la verdad histórica. Y si por acaso no la encuentra sobre un punto determinado, otros no menos difíciles se aclararán con súbita é inesperada luz, porque el método bien aplicado no es estéril nunca, además de ser provechosa gimnasia del espíritu, que por él adquiere conciencia de su labor personal, y continuamente la rectifica. De la satisfacción interior que esto produce y de la recóndita virtud que tiene para consolar en las horas tristes é imponer á la vida cierto apacible ritmo, sólo puede juzgar quien por experiencia propia lo conozca. ¡Dichoso aquel á quien Dios concedió una de estas honestas aficiones, que sólo pueden morir con el hombre mismo!

La discreta habilidad y perseverancia con que nuestra autora ha conducido sus exploraciones y tanteos no ha podido triunfar siempre del pertinaz silencio que los archivos se empeñan en guardar sobre algunos períodos de la vida del glorioso dramaturgo. Acaso el archivo de Hacienda de Barcelona, donde se conservan tantos papeles procedentes de la Orden de la Merced, y donde ha parecido tan á deshora un escrito inédito y autógrafo de Fr. Gabriel Téllez (curioso no más que por ser suyo),

nos reserva todavía alguna sorpresa. Entretanto, la vida religiosa y literaria de Tirso tiene ya firme y amplia base en más de treinta documentos reunidos y concordados por la Sra. De los Ríos, como puede verse por el esquema que figura en el presente volumen. Gracias á ellos quedan aclarados puntos tan importantes como los estudios de Tirso, su viaje á la isla de Santo Domingo, los Capítulos de su Orden á que asistió, sus trabajos como cronista, sus encomiendas de Trujillo y Soria; se puntualizan las fechas principales de su biografía, y se aclara en lo posible el orden cronológico de su producción dramática.

Con tan sólido aparato no es de temer que la nueva biografía de Tirso sustituya la prueba documental con meros indicios ó con artificiosas construcciones, que un solo dato nuevo y auténtico puede desmoronar cuando menos se piensa. Un libro por varios títulos excelente, dedicado á historiar la vida de otro de nuestros mejores poetas dramáticos, ha sido en esta parte un peligroso modelo por su carácter mixto de erudición y fantasía. De la combinación arbitraria de noticias positivas puede resultar un conjunto falso; y el sistema de leer entre líneas y buscar alusiones personales y

segundas intenciones en cualquier pasaje de nuestras antiguas comedias, es frecuente manantial de errores, que serán tanto más graves cuanto mayores sean el ingenio y agudeza del comentador, y la persuasión íntima que llega á adquirir de haber dado en el blanco. No se olvide que el sentido literal es el primero de todos los sentidos hasta en la interpretación de las Sagradas Escrituras. Y guardémonos también del engañoso espejismo de la distancia, que nos hace relacionar cosas que acaso en su tiempo no lo estuvieron; dar á las fisonomías históricas el valor que para nosotros tienen, y que puede ser muy distinto del que tuvieron para sus coetáneos; suponer enemistades ó emulaciones entre gentes que quizás no se conocieron y cuyas vidas no se cruzaron nunca; y otras cosas á este tenor, en que es tan difícil la impugnación como la prueba. Las mil aberraciones en que han caído los cultivadores de los estudios cervánticos pueden servir en esta parte de provechoso escarmiento.

Educado yo en la modesta escuela del sentido común, que cada día tiene menos prosélitos y valedores, quizás me finjo estos riesgos mayores de lo que son. Y seguramente sabrá evitarlos una inteligencia tan

bien encaminada como la de D.<sup>ra</sup> Blanca de los Ríos, sin que la imaginación deje de resplandecer en su obra, no para levantar castillos de quimeras, sino para dar al cuadro la entonación de la vida.

Peligro hay también, casi inevitable, porque nace de muy simpático origen y dulcemente se va apoderando del alma, en la diaria frecuentación y culto exclusivo de un grande ingenio, á quien se convierte en compañero de nuestra vida. Avezados á esta especie de devoción familiar, no habrá primor que en sus obras no encontremos; cada día crecerá en nuestra admiración el sujeto de ella, y acaso llegaremos á ser injustos con otros autores inmortales, cuya gloria nos parecerá que hace sombra á la suya. En el reino del arte, como en la casa del Padre, hay muchas mansiones. Natural es que cada una tenga sus devotos; pero el sentido crítico debe refrenar la pasión exclusiva, que es admirable como estímulo, peligrosa como elemento de juicio. El biógrafo, salvo raras excepciones, se identifica con su héroe, le considera como cosa propia, hace oficios de abogado defensor si su cliente los necesita, y da á la narración un tinte apologético aun sin proponérselo.

No negaré que algo de esto pueda encon-

trarse en las bellas páginas que nuestra autora ha dedicado á Tirso de Molina; pero una cosa es el culto artístico sinceramente tributado, y otra muy diversa el vano y trivial amor á la paradoja, que hoy vilipendia á Murillo, y mañana inmolará á Velázquez en las aras del Greco, según cuadro á la voluble fantasía de los críticos impresionistas que sirven de lazarillos á los Cresos norteamericanos en los grandes mercados de Europa.

Por más racionales y desinteresados motivos ha sido rectificada varias veces, y aún ha de serlo en lo sucesivo, la que pudiéramos llamar tabla ó canon de valores en nuestra antigua dramaturgia. Hoy nos pasma, por ejemplo, que el sesudo Luzán y otros críticos del siglo XVIII pusiesen á Solís al nivel de Calderón. Para la generación actual, Solís no es más que el historiador de la conquista de Méjico, y apenas se acuerda nadie de *El amor al uso* y de otras comedias que no pasan de discretas y agradables. Rojas y Moreto, excelentes poetas, sin duda, pero menos originales que ingeniosos, han sido puestos al nivel de los colosos del arte por la perfección singular de dos obras que son la resultante de una larga serie de ensayos anteriores, y aun de

algo más que ensayos, pues nadie dará tal nombre al *Peribáñez* de Lope, por ejemplo. Los aficionados á la corrección y á la pulcritud de la forma, á la moralidad humana y benévola, al fino estudio de los caracteres medios, á la parsimonia y al decoro en la expresión de los afectos, se sienten invenciblemente atraídos por el teatro de D. Juan Ruiz de Alarcón, nuestro Terencio castellano, tan semejante al latino en las dotes que posee y en las que le faltan.

Pero ni Alarcón, ni el autor de *García del Castañar*, ni el de *El desdén con el desdén*, pueden personificar, ni han personificado en tiempo alguno, la virtud creadora del Teatro español, su inagotable y gloriosa fecundidad, que surtió de argumentos y combinaciones á todas las escuelas de Europa, su riqueza lírica y el profundo carácter épico que es nervio de su grandeza. Una cosa es la pericia y la habilidad técnica, que pueden llegar á la perfección en una obra aislada, y otra muy diversa la invención de un mundo poético nuevo, en cuyos espléndidos dominios todavía no se ha puesto el sol. Quizás no haya entre las comedias de Lope ninguna tan acabada en su línea como *La verdad sospechosa* ó *Las paredes oyen*; pero ¿quién se atreverá á

decir que el tímido y modesto Alarcón pertenece á la estirpe de los genios creadores, como Lope indisputablemente pertenece?

Lope, que abre el ciclo triunfal de nuestra escena, y Calderón, que dignamente le cierra, son en todo el mundo literario figuras de primer orden; pero los azares de su fama han sido diversos, invirtiéndose al juzgarlos y ensalzarlos, no sólo el orden de los valores, sino el de los tiempos. No fué una elección consciente y deliberada la que llevó á los románticos alemanes al culto calderoniano, aunque luego encontrasen mil razones metafísicas para justificarlo. Fué el acaso bibliográfico de ser rarísimos los tomos ó partes de las comedias de Lope, y muy abundantes, por el contrario, las obras de Calderón, ya coleccionadas, ya sueltas. Todavía el pueblo español del siglo XVIII las veía con frecuencia en las tablas, y con ellas se solazaba, á despecho de los críticos y de los preceptistas galo-elásicos. Fué, pues, el teatro de Calderón, y así era lógico que sucediese, el primero que se conoció fuera de España, por lo cual se atribuyeron á su autor perfecciones y excelencias que no son peculiares suyas, sino del sistema dramático que seguía; se

consideraron como enteramente originales obras cuyas fuentes se ignoraban; pasó por muy genial y espontáneo lo que era obra de muy calculado artificio y, por decirlo así, fórmula brillante de decadencia; y en vez de buscar en la educación del poeta, en la tradición literaria á que pertenecía, en el ambiente moral que respiraba, la clave de sus aciertos y de sus errores, se dió tormento á sus obras para encontrar en ellas todo género de vaporosas fantasías y de intenciones simbólicas y transcendentales. Así surgió entre las nieblas del Rhin el mito calderoniano, que al contrastarse con la realidad habría sido funesto á la gloria del célebre dramaturgo, si éste no hubiese tenido cualidades de primer orden y dignas de granjear la admiración en cualquier tiempo, aunque, por ventura, muy diversas de las que soñó el romanticismo germánico. Pero en Alemania la erudición modera muy pronto los ímpetus del entusiasmo, y lo que al principio fué ciega apoteosis y vago lirismo, se convirtió después en disciplina científica, de la cual dan testimonio la colección de Keil, el insigne comentario de Schmidt, no igualado todavía, las ediciones críticas de Krenkel y otros muchos trabajos de grande utilidad, para cuya enumeración

no completa se han redactado especiales bibliografías, como las de Dorer y Breymann. En rigor, bien puede decirse que Alemania continúa siendo calderoniana, pues sobre ningún poeta español se han hecho allí tantos y tan varios estudios, y ninguno ha influido tan profundamente en la literatura y hasta en la música de aquel pueblo. Y el movimiento no lleva trazas de cesar, pues ahora mismo acaba de crearse en Berlín una Sociedad de amigos de Calderón, análoga á las Sociedades shakesperianas que allí y en otras partes funcionan.

Es cierto, sin embargo, que en Alemania misma, y ya desde medio siglo por lo menos, voces muy autorizadas, ora de historiadores de nuestra dramaturgia, como Schack, ora de ilustres poetas, como Grillparzer, mostraron que el tesoro del Teatro español no se cifra en las obras de Calderón tan sólo, ni éste reúne todas las condiciones que en otros grandes poetas nuestros espléndidamente se manifiestan. Un conocimiento más claro del genio de la lengua hizo comprender lo mucho que hay de vicioso y redundante en su estilo, y Grillparzer fulminó contra él acerba, aunque en el fondo no injusta sentencia, llamándole «el más grande de los poetas amanerados». El ama-

neramiento es visible, no sólo en la dicción poética, sino en el desarrollo de la intriga, en la repetición de análogos lances y situaciones, en la creación de tipos convencionales, y en cierto concepto quimérico y teatral del honor, que vicia y perturba una parte de su obra.

Pero la reacción, en vez de contenerse en límites justos, rechazando únicamente lo que había de endeble y falso en el sistema poético de Calderón, propendió á exagerar las manchas que todo sol tiene, y cerró á veces los ojos á los destellos de su luz genial y benéfica. Alguna parte de culpa, por lo que toca á España, pudo tener en esto un libro de mi mocedad, no escrito, sino improvisado oralmente por quien nada tiene de orador, y en el cual, por la ocasión en que fué compuesto, no pudieron menos de reflejarse el tedio y hastío que me han causado siempre los lugares comunes y las declamaciones enfáticas. De aquel libro no reniego, á pesar de la imperfección de su forma literaria, porque todavía hay quien le busca y lee, y, además, porque creo verdaderas en el fondo la mayor parte de las ideas críticas que allí se apuntan. Pero están expuestas con tanta crudeza, y animadas de tal espíritu polémico y agresivo, y

de tal modo se hacen resaltar los defectos de Calderón y tan someramente se encomian sus buenas prendas, que no puedo menos de condenar en mí, como en otro cualquiera condenaría, la petulancia juvenil de aquellas páginas, que pueden tener excusa, pero no servir de modelo á nadie. Con frecuencia las veo citadas en obras extranjeras, como si fuesen expresión cabal y adecuada de mi pensamiento, y esto me duele sobremanera, porque el verdadero libro sobre Calderón no lo he escrito todavía. Y hoy, que el furor iconoclasta de una generación menguada é impotente se encarniza en el descrédito de las más venerandas tradiciones nacionales, por ningún caso quisiera suministrar armas á los que tal hacen, ni aparecer como detractor de uno de los mayores poetas que en España y fuera de ella han nacido.

Detractor suyo no lo fuí nunca, aunque sí censor extremado y ligero de muchas cosas que hoy me parecen buenas ó tolerables. Y aun á otras que continúo reputando malas, como el vano follaje y la sutileza escolástica, no sería difícil encontrarles correspondencia en otros genios que todo el mundo aclama; pues si Calderón adolece de culteranismo y conceptismo, no es pe-

queña la dosis de *eufuismo* que hay en Shakespeare, y no sé por qué ha de llamarse encantadora fantasía en el uno lo que se tacha en el otro de extravagancia calenturienta. En cierto grado y medida, los *aegri somnia* son casi inherentes á la poesía romántica, que nunca se ha regido por los severos cánones de Horacio.

Aun en aquellos ensayos tan poco maduros puede verse que yo admiraba á Calderón sinceramente. Entonces como ahora, Calderón era para mí un insuperable maestro del artificio dramático, lo cual no ha de estimarse como una fruslería, pues al fin el teatro es acción, y acción que debe estar construída con la mayor habilidad posible, dilatada con interesantes peripecias, y conducida á un desenlace natural y lógico. Casi todos los preceptos de la *Poética* de Aristóteles se refieren á la acción, y no á los caracteres: tal era la importancia que aquel gran maestro del pensamiento humano daba á esta parte esencialísima del arte, en la cual, ciertamente, no ha aventajado á Calderón ningún poeta nuestro. Sus fábulas no son enmarañadas, sino sabiamente complicadas; y aunque pueden parecer monótonas cuando atendemos sólo á una sección de sus obras, especialmente

á las comedias de capa y espada, no lo son en el conjunto de su repertorio, que es de los más variados. El orden, la medida y el cálculo no excluyen la inspiración, y prueban una mente vigorosa y disciplinada.

En los caracteres no raya á tanta altura. Lope y Tirso le vencen en esto; no hay que negarlo. Pero ya en mi estudio apunté algunas excepciones, y sin gran trabajo pudieran añadirse otras. No inventó las figuras de *El Alcalde de Zalamea*; pero las llevó á tal grado de perfección y de vida, que suyas serán eternamente, y el más glorioso timbre de su corona poética. Imitar de este modo, es cumplir un acto creador. *El Principe Constante* puede ser más ó menos teatral (la generación presente no le ha visto representar jamás); pero los dramas no se escriben sólo para la representación, y aquel Régulo cristiano es un tipo admirable de belleza moral, que no por ser santo deja de ser muy humano. Caracteres bien originales y acentuados son, en otro género, el Tuzaní de la Alpujarra, Luis Pérez el Gallego, Ludovico Enio, el de *El Purgatorio de San Patricio*, y Don Lope de Urrea, el de *El de las tres justicias en una*. Los cuatro protagonistas de los dramas de celos no son idénticos en su psicología, aunque

sea uno mismo el bárbaro impulso que mueve su brazo. Aun en las comedias de costumbres, donde abundan más las repeticiones, y los caracteres no suelen pasar de esbozos, nadie confundirá al nobilísimo Don Carlos de *No siempre lo peor es cierto* con el maleante aventurero de *Hombre pobre todo es trazas*, ó con el Tenorio de *No hay cosa como callar*. Y, dígase lo que se quiera de la inferioridad de los tipos femeninos, no todas las damas de Calderón son tan activas, hurañas y foscas como suele decirse. En *Guárdate del agua mansa*, en *¿Cuál es mayor perfección?*, en *No hay burlas con el amor*, en *La dama duende* y en otras creaciones preciosísimas hay finos matices que diferencian á la mojigata, á la presumida de culta, á la hermosa tonta y á la viuda emprendedora y arriscada.

Es Calderón un poeta idealista, que muchas veces se contenta con una sombra tenue é impalpable de la realidad. ¿Pero desde cuándo el idealismo ha sido contrabando en los reinos de la poesía? ¿Por qué hemos de encontrar extravagante el argumento de *La hija del aire*, que á Goethe parecía encantador, cuando nos extasiamos con *La tempestad*, como si Ariel y Caliban tuviesen más consistencia que la fantástica

Semíramis? Y en concepciones de más sublime origen, que no son libre juego de la fantasía, sino expresión sublime del mundo suprasensible, ¿no es Calderón, á pesar de los defectos de su manera, el más legítimo heredero de la musa católica de Dante? En esos autos sacramentales, tan poco leídos y tan mal entendidos de la generación actual, hay mucho de alegoría puramente intelectual, y, por tanto, lánguida; pero hay también representaciones vivas de potencias espirituales, símbolos de grande eficacia estética, y un esfuerzo continuo, aunque á veces frustrado, para abarcar en grandiosa síntesis el orden visible y el invisible, la ley de Naturaleza y la ley de Gracia.

Nada de esto se me ocultaba cuando pronuncié aquellas *conferencias*, ó, dicho con voz más propia y castiza, lecciones, donde el genio de Calderón está reconocido y proclamado en cada página. Y aun pienso que pagué demasiado tributo á la opinión común otorgándole, si bien con reparos y cortapisas, el cetro del Teatro español, que en aquel tiempo casi nadie le negaba. Pero ya entonces, y coincidiendo con Grillparzer antes de haberle leído, mi íntima predilección se inclinaba hacia Lope, poeta espontáneo cuanto cabe serlo en edades cultas,

poeta épico cuanto cabe en el teatro, poeta en quien el mal gusto, aunque frecuente, es *esporádico*, y el acierto genial casi infalible, porque procede con la sublime inconsciencia de las fuerzas naturales. «No es acaso el mayor poeta—decía su gran panegirista alemán—; pero es la organización poética más admirable que en el mundo ha existido.» Con el tiempo fué creciendo en mí esta admiración, y haciéndose más razonada conforme más iba penetrando en el mágico laberinto de las comedias de Lope, que forman por sí solas una literatura entera. Y al encontrarme con aquel inmenso repertorio, en que parecen agotadas todas las combinaciones dramáticas posibles, concebí el propósito, acaso temerario, de darle á conocer íntegramente; empresa en que perseveré bastantes años, y que sólo hube de suspender por causas en que mi voluntad tuvo la menor parte. De aquella edición, que espero reanudar, fué corona, ciertamente inmerecida, pero por lo mismo más acreedora á mi perdurable gratitud, un elocuente artículo de doña Blanca de los Ríos, que va transcrito en el presente volumen. No le dictó la severa justicia, sino un arranque de su corazón hermosísimo, que en toda contienda la in-

clina á ponerse del lado de los débiles y de los vencidos; virtud digna de notarse como singular en los tiempos de cobardía moral que alcanzamos.

Juntamente con mis trabajos, y sin que yo pretenda haber influido en los suyos, otros varios eruditos, no sólo alemanes, sino italianos, franceses, ingleses y norteamericanos, han contribuido con estudios y publicaciones diversas á la rehabilitación del arte de Lope, que puede considerarse definitivamente afianzada sobre una base sólida y documental. El astro de Calderón no se ha apagado, ni nadie trata de extinguirle; pero lanza fulgores menos intensos que el de su glorioso y triunfante predecesor, proclamado hoy, como lo fué en su tiempo, nuestro máximo poeta «de los cielos y de la tierra».

Con estos dos luminares del Teatro castellano bien puede compartir la inmortalidad otro, á quien muchos se la otorgan por igual, y D.<sup>a</sup> Blanca con cierta preeminencia. Este poeta es Fr. Gabriel Téllez, y nunca su causa ha sido defendida con tanto brío, habilidad y elocuencia. Menos conocido fuera de España que los otros dos grandes dramaturgos, aunque haya sido celebrado dignamente por Schack, Adolfo

Schaeffer y otros historiadores literarios, es para los españoles el autor predilecto en la lectura, y lo sería en la representación si no fuesen tan bárbaras y absurdas las refundiciones que suelen hacerse de sus comedias; punto que trata nuestra autora con tanto acierto como donaire en carta dirigida á una célebre actriz. Como en tales rapsodias todo se sacrifica á la supuesta ligereza del público (calumniándole quizás) ó al lucimiento de cómicos que Tirso no pudo presentir, la obra queda indignamente mutilada, y á veces ininteligible. Casi nunca es una comedia entera lo que se representa, sino una serie de escenas audazmente sacadas de su lugar, y afeadas de vez en cuando por los chafarrinazos del refundidor. Para dar á conocer el drama español en forma tan falsa y tan indigna de su grandeza, vale más dejarle en los libros. Como de los escarmentados nacen los avisados, hace años que jamás concurre al teatro cuando se anuncia una comedia antigua refundida. Lo que hago es abrir el tomo ó parte en que la comedia se contiene, y reconstruir mentalmente un espectáculo que estoy seguro de no encontrar en las tablas.

No eran de esta casta de refundiciones

las que á principios del siglo XIX hacían D. Dionisio Solís y otros humanistas de fino gusto y buena escuela. Gracias á ellos el repertorio cómico del fraile de la Merced tuvo una especie de renacimiento, y volvió á ser popular antes de convertirse en materia de erudición. Pero otros aspectos más elevados del genio de Tirso, por los cuales es igual ó superior á Calderón y no cede la palma á Lope, permanecieron en la sombra hasta que Durán y Hartzembusch los dieron á conocer, el primero en sus penetrantes análisis de *La prudencia en la mujer* y *El condenado por desconfiado*, y el segundo en las preciosas noticias críticas que acompañan á su edición del Teatro Selecto de Fr. Gabriel Téllez, en doce volúmenes, muy superior al tomo que posteriormente coleccionó para la Biblioteca de Rivadeneyra.

Comenzó, pues, dentro de España la vindicación de Tirso cuando su nombre apenas había sonado fuera de los ámbitos de la Península. Y aun puede decirse que contrastó al culto romántico de Calderón, ó le sirvió de saludable freno, mostrando las pompas de la realidad enfrente del mágico espejo del idealismo. Pero debe reconocerse que, aun siendo Tirso tan gran

poeta, es de más difícil comprensión y estimación para los extranjeros que para los nacionales. Maestro consumado de la lengua y del ritmo, originalísimo artífice de la dicción, poeta satírico de intensa malicia, ofrece para un traductor casi las mismas dificultades que Quevedo. No puede ser saboreado plenamente más que en su idioma. Sus más geniales invenciones, sus modismos más gentiles, sus insólitas asociaciones de palabras, la mayor parte, en suma, del primor y gracia de sus diálogos, tienen que perderse en las versiones, por hábil que sea la mano que las haga. Lo contrario precisamente sucede con el teatro de Calderón. Como el pensamiento es casi siempre superior en él á la ejecución, puede un buen traductor corregir ó atenuar su manera afectadamente simétrica, el barroquismo de sus formas líricas, la frialdad escolástica de sus razonamientos. Calderón traducido por Schlegel, por Tieck, por Fitz-Gerald, no pierde nada, y á veces positivamente gana.

¿Diremos por eso que sea un poeta más universal y humano que Tirso? Nuestra autora sostiene resueltamente la tesis contraria. Yo ni la defiendo ni la combato, porque miro la cuestión desde otro punto de

vista. Para mí todo gran poeta, digno de tal nombre, tiene mucho de universal y mucho de nacional, mucho que es eterno y habla á los hombres de todas las edades, y mucho que depende de las convenciones artísticas de cada país y de cada siglo. Pero estas cosas no pueden arbitrariamente separarse, porque se dan juntas y mezcladas en la misma obra. El poeta universal y abstracto, que no es ciudadano de ninguna patria ni hombre de ningún siglo, no existe, es un ente de razón, y si pudiese existir, sería el más descolorido y fastidioso de los poetas.

El árbol de la poesía humana sólo se eleva lozano y pujante cuando tiene escondidas sus raíces en el terruño natal. En este sentido, tan inglés es Shakespeare como Lope de Vega es español. En nuestro Teatro, como en todos, hay una parte caduca y deleznable; pero si la dramaturgia castellana no hubiese tenido un valor positivamente humano, y no meramente histórico, ¿cómo hubiera podido extender su dominación por Europa, dejando profunda huella en géneros tan radicalmente diversos como la tragedia y la comedia francesas y el drama romántico alemán? El conflicto trágico ideado por Guillén de Castro

lo es en Francia como en España, y en todas partes han encontrado eco las severas lecciones de Alarcón contra la mentira, el desdén vencido de la altanera Diana, la sublime alcaldada de Pedro Crespo, los místicos amores de Cipriano y Justina, el sueño simbólico de Segismundo, la sabiduría práctica del *villano en su rincón*, la historia lastimera del conde Alarcos, con otros muchos temas y motivos que no es necesario enumerar.

¿Puede afirmarse que en esta dilatación de fronteras la parte de Tirso haya sido mayor que la de los demás grandes dramáticos nuestros, y aun que la de ciertos autores de segundo orden? Me inclino á creer que no, porque es, proporcionalmente, de los que menos argumentos han dado á las escenas extranjeras. Su descendencia más caracterizada quizás pueda encontrarse en las finas comedias de amor é intriga de Marivaux, que seguramente había leído *El perro del hortelano* y otras piezas análogas de Lope de Vega, y pudo conocer también algo del repertorio del autor de *El vergonzoso en Palacio*, que en este género no tiene rival.

La única excepción que constantemente se alega para suponer que el arte de Tirso

tiene carácter más europeo que el de sus rivales, es el tipo de Don Juan, que, en efecto, pertenece á la poesía del mundo, y ha tomado carta de naturaleza en todas las literaturas, lo cual no es pequeña gloria para el poeta que por primera vez le presentó en las tablas. Pero esta excepción es más aparente que real, porque la mayor parte de los que han trabajado sobre la leyenda de Don Juan desconocían hasta el nombre del autor primitivo. El mismo Zorrilla se fué al otro mundo sin saberlo, á juzgar por lo que dice en sus *Recuerdos del tiempo viejo*.

Fuera de las refundiciones, bastante serviles, de Córdoba y Maldonado y D. Antonio Zamora; fuera de los más antiguos escenarios italianos y arreglos franceses, la huella del drama de Tirso se va borrando cada vez más de una en otra imitación, y sólo subsisten dos cosas comunes á todas ellas: el germen del carácter del héroe, que cada cual desarrolla á su modo, y la parte fantástica, el convite á la estatua, cuyos orígenes están en la tradición y en la poesía popular. Hombre ó demonio, Don Juan es legión, y Tirso de Molina, al darle nombre, no pudo adivinar todos los *avatares* de este multiforme Proteo. Ni la solución ca-

tólica que dió á su obra; ni la figura, muy humana, del protagonista, que es un atolondrado libertino sin refinamientos de perversidad satánica; ni el sentido ejemplar y conminatorio de la fábula, son los que han prevalecido en los poetas *dónjuanistas*, de la mayor parte de los cuales se ha dicho, con razón, que habían tomado contra el Comendador el partido de su asesino. Ni el Don Juan ateo, petardista é hipócrita de Molière, ni el Don Juan romántico, eterno perseguidor del ideal femenino, que busca la solución del enigma de la vida en el amor como Fausto en la ciencia, tienen de común con el personaje de Tirso más que el nombre y la característica de la energía. Cuando la imaginación calenturienta y desequilibrada, pero á veces adivinadora, de Teodoro Hoffmann descubrió en la música de Mozart misterios que el grande artista de los sonidos no había encontrado, ciertamente, en el frívolo libreto del abate Da Ponte, hizo crítica meramente subjetiva, en la cual se evaporan los datos de la leyenda sutilizados por cierto misticismo nebuloso. Cuando Byron tomó por héroe de su incompleto poema á «nuestro viejo amigo Don Juan», no se acordaba del Burlador, sino de cierta pantomima en que le

había visto bajar á los infiernos; ni en el poema se refleja otra cosa que la sensualidad del siglo XVIII y el sarcástico pesimismo del gran poeta en lucha abierta con el *cant* de la sociedad británica.

Para los románticos Don Juan fué un nombre, un símbolo, y no otra cosa. Ninguno de ellos conoció la comedia de Tirso, que, seguramente, no hubieran entendido. Lo que nuestro poeta teólogo presentó como escarmiento, ellos lo convierten en apoteosis. La idealización monstruosa del seductor eterno é irresistible, ídolo de un panteísmo erótico que devora sin cesar humanos corazones, y el delirio sentimental de la regeneración por el amor, son igualmente ajenos al alma profundamente cristiana del fraile de la Merced, que si crea un símbolo de maldad y de rebeldía, es sólo para mostrar en acción la justicia divina. Tirso no es responsable de más Don Juan que del suyo. Respecto de los demás, sólo ha podido tener aquella acción primordial y remota, que de ningún modo puede confundirse con la acción directa é inmediata del texto de Guillén de Castro sobre el *Cid* francés, ó del texto de Alarcón sobre *El mentiroso*.

No por vano prurito de contradicción,

que está muy lejos de mi ánimo, sino porque aspiro á ser enteramente sincero, me he atrevido á formular estas observaciones, que no indican verdadera disconformidad con el pensamiento de D.<sup>a</sup> Blanca, puesto que admiro casi tanto como ella á Tirso de Molina, aunque no siempre por las mismas razones. Tirso no me parece de distinta casta que los demás dramáticos nuestros, aunque generalmente les aventaja por el picante desenfado de su lenguaje, por la franca objetividad, por el nervio dramático, por el vigor en la pintura de caracteres. Pero es tan desigual como cualquiera de ellos, no sólo en obras distintas, sino dentro de una misma obra. No es la intriga únicamente, sino el plan lo que flaquea en muchas de sus comedias. Pero todo lo salvan su fuerza cómica, digna de compararse con la de Molière, y sin ningún otro rival en el mundo, y, lo que vale más, su risueña fantasía poética, que nos transporta á un mundo encantado, donde los dardos de la sátira se embotan en el cáliz de las flores.

No es Tirso de los ídolos que exigen en sus aras sacrificios de víctimas humanas. Puede campear solo y ser admirado por sí mismo, sin que su gloria ofusque á la de nadie, y mucho menos á la de aquel á quien

siempre veneró como maestro. No es Tirso el príncipe del Teatro español, porque no le representa él solo, como Calderón tampoco. Si en un gran naufragio histórico, como el que sepultó tanta parte de la cultura grecolatina, pereciese su repertorio, perderíamos un tesoro de poesía y un buen número de obras maestras; pero la fórmula de nuestro drama nacional podría estudiarse íntegra en las comedias de Lope de Vega que hoy tenemos. Por el contrario, si éstas sucumbiesen á los estragos del tiempo, y todas las demás se salvaran, la historia de nuestro Teatro resultaría manca y sin sentido, por faltarnos la clave de sus evoluciones. Con ningún otro poeta es posible tal sustitución. Pero al mismo tiempo es cierto que Lope no se halla, respecto de sus contemporáneos españoles, en aquella relación de abrumadora superioridad en que está Shakespeare respecto de Marlowe, Ben Jonson, Beaumont y Fletcher y demás ingenios del tiempo de la Reina Isabel. Aquí la distancia es mucho menor, y Tirso (para no hablar de otros) es tan genial como Lope en sus mejores momentos. Y considerado meramente como escritor y hablista, es el primero de todos. Alarcón, que es el que más se le acerca en estas condicio-

nes, parece frío y prosaico comparado con él. Pero Alarcón rara vez cae en los extravíos de gusto que es tan fácil señalar en Tirso de Molina. Cada cual tiene sus dotes propias, y hay algunas que recíprocamente se excluyen por forzosa ley estética.

Algún reparo podría ponerse también á la bella lección sobre los caracteres femeninos de Tirso, y reclamar alguna mayor estimación para el padre espiritual de la Niña de Plata, de la Esclava de su galán, de las dos Belisas, la melindrosa y la bizarra, de la Moza de cántaro, de Juana la de la puente y de otras deliciosas criaturas que cualquier Teatro puede envidiarnos. Pero ya no tengo tiempo para detenerme en esto, ni siquiera en los dos excelentes artículos, tan llenos de curiosas noticias y sagaces conjeturas, en que D.<sup>a</sup> Blanca nos describe, como ella sabe hacerlo, su viaje literario á Salamanca, y procura afianzar con muy ingeniosos razonamientos la controvertida tradición de haber estudiado Cervantes en aquella escuela.

Hora es ya de poner término á estas áridas y prolijas reflexiones, pidiendo perdón á la autora y al público por haber quebrantado la práctica general en esta clase de escritos, y aun si se quiere, los fueros de

la galantería, que mejor cumplidos hubieran quedado con dos páginas de felicitación entusiasta y cordial. El interés que para mí encierran las cuestiones que D.<sup>a</sup> Blanca trata en su libro, y el alto aprecio en que tengo su erudición, su talento y su carácter, pueden servir de excusa á esta insólita difusión y pesadez en el análisis. Sólo es buen libro el que nos sugiere muchas ideas, ó despierta otras que yacían en el fondo de nuestra alma.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.